

Pensó que era un spam. Ese viernes de octubre, mientras revisaba su correo tras un largo día de escuchar a sus pacientes, le saltaron a la vista las palabras URGENT PARA UD en la bandeja de entrada. Al no reconocer el nombre del remitente, dedujo que sería publicidad para ¡UNA ERECCIÓN MÁS POTENTE!, como la que recibía diariamente, un mail prometiéndole un ¡VIAJE GRATIS A PARÍS!, ¡EL SORTEO DE LOS MILLONES!, ¡ADIÓS A LA CALVICIE!, o cualquiera de tantos spams que en ocasiones le parecían sobrenaturales por coincidir tan precisamente con sus anhelos más secretos.

Mientras escuchaba a sus pacientes, a veces también tenía la impresión de que éstos le mandaban mensajes ocultos como si le leyeran el pensamiento y buscaran las palabras exactas para que él emitiera un “sí” reflexivo, levantara la ceja, sonriera o le ratificara sus puntos de vista. Las expectativas de sus pacientes a menudo le resultaban más pesadas que sus dificultades: después de todo, los problemas siempre eran los mismos, pero la espera de cada paciente era diferente. Unos exigían consuelo, otros, soluciones; algunos más querían que les adivinara el pensamiento; los más pedían su aprobación y los menos, acostumbrados al maltrato, buscaban el castigo. Y nunca faltaban los pacientes que le tendían trampas sutiles para indagar si había escuchado con atención cada una de sus palabras. El psiquiatra sabía que debía vigilar sus propias reacciones todo el tiempo, aunque estuviera aburrido o agotado. Como había dicho uno

de sus profesores, muchos años atrás: “Los pacientes no olvidan ni perdonan absolutamente nada”.

Ulises se sentía cada vez más cansado al terminar su consulta. Cerraba la puerta detrás del último paciente con un largo suspiro de alivio, se servía un whisky en las rocas, ponía alguna sinfonía de Mozart, calzaba las pantuflas de borrega y se sentaba frente a la computadora para leer su correo y navegar por internet. Ésta era su única forma de relajarse desde que vivía solo. Le entretenían las historias insólitas de la prensa amarillista, los casos extraños de personas que recuperaban la memoria años después de un accidente, o de gemelos separados desde el nacimiento y que se conocían ya adultos; le fascinaban los crímenes pasionales, las enfermedades desconocidas y las narrativas de personas que habían sobrevivido catástrofes naturales. Tales historias despertaban su curiosidad más que cualquier caso clínico, porque revelaban aspectos de la naturaleza humana que casi nunca aparecían en el consultorio. Se deleitaba con las anécdotas bizarras y las leyendas urbanas del día, increíbles pero ciertas, que brotaban de internet como el balbuceo de un paciente delirante. Pasaba luego a revisar su correo, esperando siempre que le llegara algún mail elogioso, una invitación atractiva, un premio, cualquier cosa que lo liberara de la rutina de la consulta. Cuando vio URGTE PARA UD, su primer impulso fue hacerle doble clic, pero recordó que no debía abrir ningún mail de origen desconocido por el riesgo de infección, ante todo si incluía algún documento adjunto, y lo eliminó sin pensarlo más.

La noche siguiente vuelve a aparecer el spam, esta vez con una ligera variación: URGTE PARA UD DR. Titubea. No lo desecha de inmediato. Lo deja en la bandeja de entrada mientras lee sus otros mails: una invitación a dar una conferencia sobre los nuevos medicamentos para la paranoia en un congreso de psiquiatría; una nota breve de su hijo informándole que ha ganado una beca para seguir estudiando urbanismo virtual en Estados Unidos; un correo de una paciente cancelando su siguiente cita

“por razones personales”, lo cual sin duda quiere decir que ya no volverá. “Por razones personales” significa, de paso, una bofetada apenas disimulada para el psiquiatra. Ulises resopla con irritación, elimina la cita de su agenda y guarda el mail en el expediente de la paciente.

Por cansado que esté, siempre conserva todo lo que le envían sus pacientes, así como sus propios apuntes. Todo está en la computadora, protegido por un password que sólo él conoce, y cada semana sube los expedientes nuevos o modificados a un sitio de almacenamiento en línea. Es un punto de orgullo para el Dr. Blanco tener todos sus documentos en orden y, además, respaldados en internet. Nada puede pasarle a su archivero virtual, aunque su computadora se descomponga o se la roben; tampoco se verá afectado por terremotos, incendios o inundaciones. Sus archivos están mucho más seguros que si los tuviera todavía en papel y encerrados bajo llave, como los guardó durante muchos años, antes de que apareciera internet.

Lo que sí le preocupa, aunque sólo a ratos, es la paulatina disminución de su consulta, que está bajando semana con semana. Se pregunta si se le nota el cansancio y, una vez más, piensa en el probable deterioro de su corazón. Le diagnosticaron una arritmia hace más de un año pero, por la enfermedad de Hélène, nunca le dio seguimiento. Debería volver con el cardiólogo, pero no tiene el ánimo para hacerlo. Llamar y pedir la cita, ir a consulta, repasar su historia clínica, enumerar sus síntomas y luego hacerse los estudios que el médico le indique... todas, cosas que solía realizar con su esposa, o bien empujado por ella. Sin ella, cuidarse le parece un sinsentido. Además, sabe que el cardiólogo le ordenará dieta y ejercicio, cosas insuperablemente difíciles para un hombre de su edad. A sus cincuenta y ocho años, se siente demasiado viejo como para emprender grandes cambios.

Quizá sólo necesite una semana de vacaciones; no ha descansado desde el fallecimiento de Hélène, hace casi un año. Pero, ¿a dónde podría ir que no le trajera recuerdos de ella? Sólo pensar

en los tiempos de antes y en la juventud exaltada que compartieron, sobre todo en sus viajes, le provoca algo muy parecido al terror. Estuvieron casados treinta años, pero la muerte de Hélène ha acabado con todo. No queda huella de la felicidad de antes. Aun en sus sueños, Ulises nunca la ve sana y contenta sino cansada, con la cara demacrada y la mirada empañada por la enfermedad. Cierra los ojos, en un intento por borrar la imagen. Imposible. Él mismo ha cambiado, piensa; al rasurarse por la mañana le sorprenden las ojeras, las canas en las sienes y el aire melancólico que ahora lo acompaña siempre.

Con rabia, decide ceder a la tentación de abrir el mail publicitario que le envía una agencia de viajes. Al instante se despliega en la pantalla un mar luminoso; en el horizonte lejano, saltan tres delfines en un cielo sin nubes. Por la playa caminan entrelazados, sonrientes, un hombre y una mujer. Ulises frunce la ceja: le molesta lo cursi del cuadro, y está por cerrar el anuncio cuando la imagen se disuelve en una ola azul que se extiende sobre la pantalla y lentamente se transmuta en las palabras: ¿POR QUÉ NO? Lee la pregunta en voz alta y de pronto siente que los ojos se le llenan de lágrimas. Pero no quiere llorar. No es el momento. “De hecho, nunca es el momento”, piensa al contemplar la fotografía de Hélène en el escritorio. Vuelve a cerrar los ojos. Ya habrá tiempo de llorar, más adelante. Por ahora, mejor entretenerse en cosas insignificantes, distraerse navegando en internet. Vuelve a examinar el correo marcado URGENT PARA UD DR. El remitente, Morfeo, es el mismo de anoche. Ulises duda un instante y, una vez más, lo envía a la basura, sin abrirlo.

* * *

El martes de la siguiente semana ocurrió algo extraño. Eran, de por sí, sus jornadas más pesadas: por una curiosa coincidencia, ese día se le juntaban varios pacientes paranoides, con esa insoportable necesidad de capturar su atención completa en cada instante, ese escrutinio voraz de sus reacciones, y sus insidio-

sas maniobras por hacerle entender la complicada conjura en su contra. Con una tenacidad inquebrantable, intentaban arrastrarlo a su mundo hostil, a esa atmósfera irrespirable de agravio en la cual no podía existir un gesto generoso, una palabra sincera, un afecto desinteresado. Para ellos, toda comunicación era en realidad un código secreto, y les molestaba que el psiquiatra no lo pudiera descifrar con la misma facilidad que ellos. El Dr. Blanco escuchaba sus razonamientos e intentaba mantener distancia; pero ese martes por la tarde, mientras afuera rugía una tormenta eléctrica que iluminaba el consultorio con rayos alucinantes, una frase de su paciente le llamó la atención como si lo hubiera jalado por la manga.

—Fíjese, doctor... —susurró el joven, inclinándose hacia delante.

El Dr. Blanco contuvo un suspiro de exasperación: así empezaban siempre las diatribas de Jaime acerca de su esposa, sus empleados o vecinos. La voz quejumbrosa, monótona como un tono de marcar, prosiguió:

—Fíjese que ayer recibí un mail anónimo marcado urgente, y después de pensarlo un rato no aguanté la tentación y lo abrí. Me lo mandó un supuesto amigo, por algo es mejor no tener amigos, avisándome que había visto a mi mujer saliendo de un hotel con otro hombre. Que iba muy elegante, decía. Claro —apuntó irónicamente—, con razón me pide a cada rato más dinero, con razón cuando le hablo nunca está. Ésa es la prueba que me faltaba. Pero ya lo sospechábamos, ¿verdad? ¿Se acuerda de que lo comentamos hace tres semanas?

El joven escrutó al psiquiatra con una mirada fría; en su cara regordeta brillaba una fina capa de transpiración. El Dr. Blanco asintió con la cabeza; tuvo que hacerlo, aunque sabía que Jaime le estaba tendiendo una trampa y que en realidad buscaba que corroborara su sospecha.

—Le voy a exigir el divorcio —insistió Jaime—, pero necesito más pruebas de que me está engañando. ¿Usted qué opina?

Otra trampa. Era importante no equivocarse. Examinó a Jaime con atención, teniendo cuidado de mantener una expresión neutra, en la cual no pudiera leerse nada. El joven de treinta años, impecablemente vestido de traje y corbata azul marino, había colocado en la mesita que los separaba sus llaves, su celular, su Palm y su cartera en una fila perfectamente alineada. Sonrió con satisfacción, se inclinó hacia atrás y se ajustó la corbata para que cayera justo al centro de su camisa, mirando de reojo al psiquiatra. Su cara expresaba una mezcla de orgullo y aprensión. Como tantos pacientes paranoides, necesitaba confirmar sus sospechas, pero en el fondo no quería que resultaran ciertas. Deseaba al mismo tiempo tener la razón y haberse equivocado. En este momento no sabía cuál de los dos caminos tomar, y su duda significaba que todavía subsistía en él una parte sana, basada en el amor por su joven esposa. El Dr. Blanco midió sus palabras:

—¿Qué preferirías, que fuera cierto, o no?

Una pregunta tramposa, ciertamente: cualquiera de las dos respuestas le serviría para desarticular la ideación paranoide de Jaime. Como esperaba, el joven lo miró desconcertado durante varios segundos. Por fin murmuró:

—Que no sea cierto.

El psiquiatra sonrió ampliamente; ahora sería fácil regresarlo a la realidad, conducirlo de la suspicacia hacia el amor.

—¿Por qué? —inquirió el doctor con delicadeza.

—Porque la quiero —confesó Jaime con la cara sonrojada de vergüenza.

* * *

“De verdad, nada cura como el amor”, pensó Ulises esa noche, mientras encendía la computadora. Lo repitió lentamente en voz alta como si fuera un mantra, aunque sabía que el odio también sirve para muchas cosas, y que el vínculo más fuerte que existe no es el amor, sino la culpa. Lo había confirmado en innume-

rables ocasiones: mucho después de la muerte del amor, e incluso de la persona amada, subsistía la culpa. De ahí que los niños maltratados quedaran tan dañados: consciente o inconscientemente, habían deseado la muerte de sus padres, y desde entonces cargaban la culpa como una herida mal cicatrizada. “Nadie puede odiar impunemente a sus padres”, sentenció Ulises para sí mismo. Le llenaba de satisfacción alcanzar esas conclusiones tan lapidarias; se sentía orgulloso de haber logrado tan profunda comprensión de la condición humana. Decidió, una vez más, escribir un libro que sintetizara todo lo que había aprendido en treinta años de experiencia clínica.

Por fin se ha iniciado la computadora y Ulises observa, feliz, cómo se despliega su escritorio virtual con sus carpetas alineadas en filas perfectas, sobre la imagen de fondo de un vasto desierto dorado, probablemente el Sahara. Todo está en su lugar.

Sin embargo, cuando encuentra un mail marcado URGENT PARA UD DR BLANCO, le invade el pánico. “¿Dr. Blanco?” Esto ya no es un spam. Alguien llamado MORfeo le está enviando un mensaje personal, con un archivo adjunto. Durante largos segundos escruta el nombre del remitente, tratando nuevamente de descifrarlo. ¿MORfeo? Las letras le traen reminiscencias lejanas. Vagamente recuerda que en la mitología griega Morfeo está relacionado con el sueño (¿o la transformación?), pero las mayúsculas en este caso también evocan el nombre de Orfeo, el inconsolable viudo que bajó al inframundo en busca de su amada Eurídice. Se levanta de la computadora. Pone una sinfonía de Brahms y, mientras vuelve a acomodarse en su sillón ergonómico, le viene a la mente su paciente de la tarde con su mail anónimo. Despierta en él la duda: ¿no será Jaime el misterioso remitente?

Decide no hacer nada con el spam luego de un día tan agotador; no tiene la claridad para reflexionar. Pero esta vez no elimina el mail, sino que lo deja, pendiente, en su bandeja de entrada.

Mañana lo volverá a pensar con más calma. Se le ocurre que Hélène habría sabido qué hacer con el spam; tenía una apreciación muy exacta de las personas. En realidad, era mucho más intuitiva que él. Le interesaban los pacientes de Ulises, quien solía contarle sus casos más difíciles; en ocasiones le daba consejos útiles. Hélène, a su vez, le hablaba de sus estudiantes y en ocasiones le pedía su opinión profesional. Sus respectivas inquietudes de trabajo eran un tema de conversación frecuente entre ellos, y más desde que se habían encontrado solos en casa. La decisión de Carlos de estudiar fuera había sido para Hélène una prueba más de su fracaso como madre. El que su único hijo abandonara la casa paterna a los dieciocho años, sin dudarle, le había parecido una muestra de poco apego, poco arraigo familiar, por más que Ulises le explicara que la autonomía de Carlos era, al contrario, la mejor prueba de su éxito como madre. Pero Hélène siempre se había sentido culpable por dedicarse de tiempo completo al estudio y el trabajo.

Su mayor interés como socióloga consistía en averiguar cómo se forman los vínculos en la era de internet: cómo las personas se describen a sí mismas, se buscan y se conocen en la web, qué datos indagan cuando investigan a una posible amistad o pareja, y en función de qué deciden mantener el contacto o no. En una palabra, estudiaba cómo empiezan, se desarrollan y terminan las relaciones en el ciberespacio. Hélène había sido una de las primeras especialistas del país en comunicación virtual. Una de sus teorías favoritas era que, cada vez más, la gente de carne y hueso se ve a sí misma y se presenta ante los otros según los códigos y normas de la convivencia cibernética, pero ya no sólo en internet, sino también en la realidad. La selección de rasgos muy específicos, de tipo “busco hombre Aries, alto, profesional, no fumador, entre 40 y 45 años”, el pronto intercambio de datos personales que antes se consideraban íntimos, la ilusión de espontaneidad que promueve el carácter instantáneo de la comunicación, así como las afinidades ficticias de internet,

habían permeado paulatinamente los vínculos reales. Las personas hacían contacto, rápidamente indagaban lo que les interesaba y escogían a amantes o amistades como si fueran productos de un catálogo. En consecuencia, decía Héléne, las relaciones reales se habían vuelto tan desechables como las virtuales: si la gente no hacía clic desde el primer instante, abandonaba el juego y pasaba a otra cosa. En tiempos de internet, las relaciones humanas se habían reducido a una fórmula muy sencilla: NEXT.

A Héléne le parecía urgente investigar y debatir este fenómeno, que consideraba fundamental para el futuro de la sociedad; no entendía que sus colegas en la universidad no le dieran importancia, que les pareciera una moda irrelevante y trivial. Le alarmaba la facilidad con la que se establecían y luego se abandonaban los vínculos, y la rapidez con la cual se estaban implantando nuevas formas de relación no sólo superficiales, sino esencialmente falsas. Declaraba indignada: “La gente cree que ha encontrado a un amigo o una pareja, y no es así; cree que hay amor, y no es cierto. En el mejor de los casos, hay una momentánea convergencia de intereses, una conveniencia mutua, y eso es todo”. Ulises recordaba sus apasionadas diatribas al respecto, cuando Héléne le describía algún sitio de encuentro que había descubierto en internet; instalados en la sala, al final del día, compartían una botella de vino tinto y un queso camembert con baguette mientras analizaban las nuevas modalidades de relación que estaban surgiendo. Héléne, que había crecido en Francia, a menudo las comparaba con los alimentos actuales, que también le parecían falsos.

“Antes había manzanas verdaderas —protestaba con su ligero acento francés—, ahora sólo hay copias de manzanas, que además son idénticas en todo el mundo. Antes había verduras que variaban según las estaciones y la región, pero ahora las traen todo el año de quién sabe dónde, y saben a cartón remojado. Y lo peor de todo —sentenciaba mientras blandía su servilleta de tela como una bandera— es que la gente no se da cuenta

de nada. ¡Cree que está comiendo camembert y no es cierto! Piensa que está formando relaciones reales, ¡y son totalmente falsas, de principio a fin!”

El impacto de internet sobre la psicología del vínculo también apasionaba a Ulises. De hecho, representaba la prolongación de otro fenómeno que él mismo había observado tiempo atrás: en los últimos veinte años, había notado cómo las personas cada vez más concebían su propia vida, e incluso la vivían, como si fuera una película. Hasta la forma de soñar había cambiado con las nuevas tecnologías. Los pacientes relataban sus sueños como si los estuvieran viendo en un televisor: les ponían pausa o rewind, los volvían a pasar en cámara lenta o les bajaban el volumen, como si el inconsciente fuera un enorme reproductor de videos. Asimismo, la gente imaginaba su futuro de manera cinematográfica: soñaba con atardeceres románticos en la playa; anhelaba conocer a su gran amor durante un paseo en Central Park; fantaseaba con recibir una propuesta de matrimonio, con todo y champaña, en la cima de la Torre Eiffel, como si su vida fuera una película filmada en California, Nueva York o París. Aún más pernicioso era la influencia de las telenovelas, llegó a pensar el psiquiatra al observar a sus pacientes reproducir al pie de la letra los clichés, reacciones y sentimientos que veían diariamente en sus series favoritas. Poco a poco había entendido que la interacción entre las personas se estaba vaciando de su contenido real y que los vínculos habían entrado, como decía Hélène, en la era de la falsificación.

Todo ello correspondía, sin embargo, a una época rebasada. Las últimas teorías de Hélène iban mucho más lejos: sostenía que la gente empezaba a percibirse y expresarse como si viviera, ya no en una película, sino en el ciberespacio, con los nombres de usuario inventados, el vocabulario sintético, los emoticones, la presentación idealizada de sí misma, la sintaxis abreviada y el intercambio de información personal entre desconocidos, propios de la comunicación digital. Como prueba de ello, decía, si

le pides a alguien su dirección ya no te va a dar su dirección postal ni su ubicación geográfica, sino su correo electrónico. Cuando murió, Hélène estaba preparando un libro sobre las nuevas formas de relación surgidas a través de Facebook, Twitter, los blogs, los listservs, los sitios de encuentro, las páginas web personales y los universos virtuales; quería demostrar cómo habían suplantado los nexos amorosos, familiares y comunitarios en lo que antes se llamaba realidad.

Ulises y Hélène compartieron pasiones desde el instante en que se conocieron en París, cuando él hacía su residencia en un hospital psiquiátrico y ella un doctorado en teoría de la comunicación. Se toparon en una librería del Barrio Latino: casualmente, él hojeaba justamente el libro que ella buscaba. Era una historia del daguerrotipo, esa forma temprana de la fotografía que, al requerir una larga exposición, lograba capturar la esencia más inmóvil y permanente de las personas. En esas miradas fijas, en esos retratos minuciosamente posados, podía leerse el carácter como en un libro abierto, sin la intromisión de emociones pasajeras, sin la injerencia de lo que después llegaría a conocerse como espontaneidad. Hélène se paró a su lado y empezó a mirar las fotos con él como si se conocieran de tiempo atrás, como si fueran viejos amigos. Incluso detuvo la mano de Ulises cuando éste quiso dar vuelta a la página. En francés le murmuró al oído:

—Ya nadie tiene esa intensidad en la mirada, ¿verdad?

Ulises se volvió hacia ella y en sus ojos verdes reconoció los mares del norte que le eran nativos porque, como lo aprendería unas horas más tarde, Hélène había crecido en el norte de Francia. Se sonrieron, ella con su falda y suéter largos, él con su saco blanco de psiquiatra y, en esa tarde de interminable plática, la primera de tantas, no abrieron más el libro, que el joven médico le regaló cuando salieron juntos de la librería. Ulises aún conservaba el tomo, en el estante donde guardaba sus libros más queridos.

Al día siguiente de su sesión con Jaime, el Dr. Blanco tuvo que hacer un esfuerzo enorme para atender a sus pacientes. Lo tomaban por asalto las letras M-O-r-f-e-o, que estallaban de pronto en la vasta pantalla de su cerebro. Una mujer en particular le costó trabajo, porque su exigencia de atención era tal que no le permitía desviar la mirada ni por un instante. Cada vez que él intentaba ver hacia otro lado, se inclinaba hacia delante, cambiaba de posición, suspiraba o dejaba de hablar repentinamente, hasta captar de nuevo su completa concentración. Sus maniobras siempre crispaban al Dr. Blanco, aunque éste sabía que eran involuntarias y probablemente inconscientes. Para combatir su irritación, intentó imaginar la infancia de su paciente, en cuya expresión cansada se vislumbraba aún la chispa de una personalidad enérgica y corajuda.

Rosario había sido la hija única de una madre soltera, quien la ataba a la cama cuando se iba a trabajar. Vivían en un cuarto minúsculo, y no había otra forma de dejar sola a la niña. Rosario había pasado sus primeros años amarrada con una correa, como un cachorro encadenado en un terreno baldío con su tóper de agua. Nunca antes se lo había contado a nadie; le daba vergüenza hablar de ello, y el psiquiatra se tardó tres sesiones en descubrirlo. No parecía quedar rastro de esa infancia desolada en la mujer que ahora tenía enfrente. Fisioterapeuta de cuarenta años, de talla grande y voz fuerte, Rosario proyectaba una seguridad y eficiencia reflejadas en el pelo corto, el saco azul claro, el pantalón y los zapatos blancos. Sus manos fuertes esbozaban movimientos a la vez enérgicos y precisos, como si le estuviera dando indicaciones a un paciente en rehabilitación. Sin embargo, el Dr. Blanco no podía dejar de imaginarse a esa niña desamparada, esperando todavía que alguien viniera a salvarla. Y detrás de esa imagen surgía otra, fantasmagórica: la del padre que había abandonado a su esposa e hija. Rosario apenas lo había conocido; más

que recuerdos, tenía nostalgia de él, y su ausencia había acabado por volverse, en su vida, una presencia muda y persistente.

Rosario padecía de una hipocondria de muchos años, que la había llevado a consultar a una larga serie de médicos y someterse a un sinnúmero de tratamientos, pero jamás lograba sentirse bien por más de una o dos semanas. En este momento, le leía al psiquiatra una lista de sus síntomas recientes. Al terminar, le extendió una hoja con sus medicamentos actuales y le recordó:

—Creo que ya se la di la primera vez que vine, doctor, y también mi historia clínica, pero se la vuelvo a dar por si ya no la tiene.

El Dr. Blanco se sintió acosado por su insistencia.

—No es necesario que me la des de nuevo —murmuró—. Cuando necesite saber algo, te lo preguntaré.

Rosario levantó las cejas, perpleja.

—Bueno, doctor, me gusta ser eficiente, eso es todo. Yo sé que usted es un hombre muy ocupado, no me sorprende en lo más mínimo que no pueda revisar mi expediente cada vez que vengo. Los pacientes no saben lo ocupado que anda uno, pero yo sí, por mi experiencia como terapeuta —declaró con una sonrisa satisfecha.

El psiquiatra contuvo la molestia que le causaba esa mezcla de queja y complacencia tan característica de Rosario, y se preguntó cómo afectaba a la gente que tenía que vivir con ella: seguramente les irritaba tanto como a él. No era casualidad que el marido y la hija hubieran dejado de hacerle caso, como lamentaba en cada sesión. Lo más probable era que viviera en la más absoluta soledad. El Dr. Blanco decidió abordarla por ese camino y le preguntó a quemarropa:

—Dime, ¿desde cuándo estás tan sola?

Para su sorpresa, Rosario abrió tamaños ojos y, sin decir nada, estalló en lágrimas. Ocultó la cara y alzó una mano, como para ponerle distancia. El doctor dejó que llorara sin interrumpirla ni consolarla, hasta que sollozó:

—Desde siempre, doctor.

El psiquiatra murmuró suavemente:

—Rosario, te propongo que pongamos de lado tus problemas físicos por un tiempo y nos concentremos en atacar la soledad. ¿Te parece?

Rosario asintió con la cabeza mientras sacaba un paquete de kleenex del bolsillo.

—¿Tienes amigos? —preguntó el Dr. Blanco.

—No, doctor, a mí nadie me quiere —Rosario terminó de secarse las lágrimas, suspiró, dobló el pañuelo y lo depositó en el cesto junto a su sillón—. La gente siempre anda en lo suyo, no tiene tiempo para los demás.

La mujer hizo una pausa, a la espera de alguna reacción, pero el Dr. Blanco guardó silencio y ella continuó:

—La gente es malagradecida, doctor, usted lo sabe igual que yo.

—¿Quién, Rosario? ¿En quién estás pensando?

—Bueno, en Mariana, para empezar. En lugar de ayudarme en la casa, como cualquier hija, se la pasa en la computadora y mandando mensajes por celular.

—Debe de tener una gran necesidad de comunicarse, ¿no?

Rosario sacudió la cabeza con indignación.

—Pues será con otros, doctor, porque a mí no me cuenta nada.

—¿Y tú le preguntas?

—¿Qué?

—¿Qué hay de su vida, quiénes son sus amigos?

—Pues no, a mí no me dice nada.

—Rosario, tú eres una mujer muy inteligente, que sabe cómo averiguar lo que le pasa a la gente. ¿Por qué no lo intentas con ella?

Rosario resopló con impaciencia. El Dr. Blanco esperó mientras observaba su gesto de disgusto, su absoluta falta de voluntad. Pero le había puesto un reto, y sabía que Rosario no podría resistirlo.

—Está bien, doctor, es cierto que cuando algo me interesa sé obtener toda la información del mundo. Aunque no entiendo por qué quiere que hable con Mariana —dijo con suspicacia—, si no es ella la del problema. La enferma soy yo.

—Vamos a ver, Rosario. Quizás observes algo más allá.

—De acuerdo, doctor. No me gusta la idea, pero yo siempre sigo las indicaciones de mis médicos —replicó en tono resignado.

El psiquiatra vislumbró en la expresión de Rosario algo que no había visto antes: por una fracción de segundo volvió a aparecer esa niña amarrada a la cama. En sus en sus ojos brillaban el miedo y la rabia de un lobo que mira de lejos una fogata en la noche.

